

Vicente Viñals, “La famosa novela de la Albufera de Valencia”

(*Luz*, 11-1-1934; *Heraldo de Madrid*, 28-1-1935)

Me encontraba en uno de los cafés más céntricos de la pintoresca capital levantina conversando cordialmente con periodistas y escritores que ya han alcanzado la justa aureola de la popularidad.

Valencia, conservando el barroquismo de algunas de sus moradas, construía rascacielos neoyorquinos de atrevidos estilos modernos que contrastaban con los portales clásicos de la fragante calle de Caballeros.

Estaba próximo el traslado de los restos de Blasco Ibáñez; estaba próximo el día de formar un inolvidable camino espiritual entre Menton —la tierra de promisión del novelista republicano— y Valencia —cuna de su nacimiento y patria de héroes, de artistas y de santos.

Cuando nuestra conversación escalaba los linderos de los temas más escabrosos se presentó en el típico café la figura bohemia del excelente poeta valenciano Alfredo Sendín Galiana, exhibiendo el color llamativo de una capa de recia estirpe española.

—Vive uno de los personajes de *Cañas y barro*.

—¿Cómo? —contestamos a coro.

—Que en el Saler está el Desorejado. Vive con sus hijos y continúa atravesando el canal con su ligera barca desvencijada.

—Convendría hablar con él.

—Cuando quieras. Pero te advierto que no quiere retratarse.

—No importa. De todas formas, vendrá con nosotros Desfilis, por si podemos convencerle. Mañana podemos ir a visitarlo, si te parece.

—Bien; mañana, a primera hora, antes de que salga con rumbo al Palmar. La conversación llegó a su límite, y después deambulamos por la Valencia de noche, llena de sombras, que nos hablan del "noble Palleter" y nos recuerdan la valentía de Guillem de Vinatea, al ser comisionado por el pueblo para hablar con Alfonso IV de Aragón.

“Señor: no podemos consentir que los reinos que os dan nombre y majestad de rey, en los cuales no sois más que uno de los demás hombres y el alma de todos, así no podéis querer otra cosa que sea contra ellos, pues como hombre no sois sobre nosotros, y como rey, por nosotros y para nosotros.”

Mañana clara. El sol, al aparecer, pretende desperezarse sobre las cúpulas de las cien torres que Valencia exhibe orgullosa en cruda remembranza y parentesco con Praga, que tiene el sueño eterno de los campanarios y de las respunteadas agujas.

El auto que nos conduce atraviesa campos extensos de arrozales. Algún naranjo perdido añora la compañía de las palmeras, mientras el río Turia, paralelo a la carretera blanca, admira silencioso la sublime perspectiva de los dos casilicios en donde moran pétreos los dos patrones de Valencia.

Una hora aproximada de viaje, después de dejar atrás policromadas acequias y la pinada pintoresca de la Dehesa. Llegamos al Saler, en busca del hombre de la “media oreja”. Pronto lo encontramos a la puerta de su vivienda, repasando las redes que luego lanzará al agua en busca de las anguilas atrevidas, que caen en ellas embriagadas por el abrazo de la traición.

José Soler Dasí, el “tío de la Michaorella”, es pequeño, enjuto y poco comunicativo. El silencio es su compañero inseparable, y dialoga continuamente con él, que sabe de las noches estrelladas y de todos los misterios y laberintos de la Albufera. Conversamos. Un poco intranquilo contesta a nuestras preguntas. A menudo viene en su ayuda la buena Visanteta, esposa en segundas nupcias del rústico gondolero, que completa el anuario de nuestra curiosidad.

—¿Cuándo vio usted por primera vez a Blasco Ibáñez?

—La primera vez que vi a D. Vicent fue una tarde que con su esposa subió en el *ravachol* (barca que hacía la travesía de la Albufera), allá en la *Mata del fanc*, rumbo al Palmar.

—¿Sabía quién era?

—Me lo dijeron unos amigos cuando, al regreso, desembarcamos en el Saler. Durante la travesía me llamó mucho la atención aquel caballero, que atento escuchaba al pasaje, sin perder al mismo tiempo ningún detalle del trabajo.

—¿Se hizo amigo suyo?

—Don Vicent se hacía amigo de todos con la simpática rudeza de su carácter de valenciano noblote.

—¿Venía por aquí con frecuencia?

—Por el Saler, poco; dos o tres veces le vi en el estanco del pueblo, en compañía de Petit el de Masanasa y el teniente Morales. Donde después le veía con frecuencia era en el Palmar, rodeado siempre de pescadores y barqueros, grandes amigos de aquel señorón recio y “templat” que les hablaba de tantas cosas bonitas.

—¿Iba usted muchas veces a escucharlo?

—Yo y todos los que pasábamos fatiga entre las horas de trabajo del Saler lo oíamos con gusto y nos compensaba el gozo de sus palabras de los ratos desagradables de nuestra miseria. Nos hablaba fraternalmente, como un hermano. Nos ofrecía buenos consejos y algún duro de cuando en cuando. Por aquí se tenía gran confianza en él. En las elecciones salía Blasco, o quien él quería. Pero todo lo hacía con cariño, con sinceridad, como los hombres saben hacer estas cosas.

—Y diga, “tío Michaorella”: ¿cómo se enteró de su intervención en la novela?

—*Vorà*. El por entonces novio de una de mis hijas, ya fallecida, era soldado en Marruecos, y por distraer sus ocios de campaña compró en Melilla *Cañas y barro*, como hubiera podido comprar otro libro, encontrándose al ir leyéndolo con la agradable sorpresa de hallarse con gente conocida, entre los cuales yo ocupó el primer capítulo. A poco volvió el chico licenciado, trayéndose consigo la obra, que, según él, refiriéndose a mí “era un retrato entre las hojas de un libro”.

»Aprovechando los ratos libres que yo tenía libres, los aprovechaba mi hijo político en leerme capítulos de la novela, y así pude enterarme. De otra forma nunca me hubiera enterado, porque no sé leer ni escribir.

—Pero oiga una cosa muy curiosa —nos dice su mujer—; se sabe de memoria casi toda la novela.

El “tío Michaorella” sonrío y responde:

—Quien no sabe leer tiene que tener memoria.

—¿Eran reales todos los personajes?

—Reales y conocidos.

—Oiga..., y... Neleta ¿fue tan hermosa como la pintó Blasco Ibáñez?

—Neleta era hermosísima. Era una de las bellezas de nuestra Albufera. Los hombres se la disputaban. Las mujeres la tenían envidia. Varios mozos llegaron a desafiarse por ella. Todavía creo que están ensangrentadas las aguas de la Albufera por pretender el amor de aquella mujer.

—Después de enterarse de su participación en la novela, ¿volvió a ver a Blasco Ibáñez?

—Muchas veces. Cuando me enteraba que hablaba en un mitin, allí acudía. Y ¡ay! de aquel que intentara meterse con D. Vicent...

—¿Será usted republicano?

—No, señor; soy blasquista. Yo, con Blasco, hubiera ido a cualquier sitio ¡con estos..., a ninguna parte. Era un hombre muy hombre.

—¿Dejó su oficio de barquero?

—Desde que implantaron las barcas motoras; además, aquello de cruzar cuatro veces al día la Albufera ahora me resultaría muy pesado; en los diecisiete años que estuve trabajando en el *ravachol* durante el día, y en la barca del carro de las anguilas por la noche, apenas si podía dormir dos horas diarias.

—Con tanto trabajar ¿será usted rico?

—Lo único que me ha regalado la Albufera, después de tanta labor, ha sido este temblor de brazos que recogí en las cinco o seis veces que caí en su fondo.

—¿Cómo se defiende usted ahora?

—Pescando anguilas por la noche.

—¿Con el *ravachol*?

—Aquel pimpollo valiente llegó a ser viejo como yo, y harto de remiendos y de composturas pidió descanso en el embarcadero hasta que el sol y el aire acabaron con su esqueleto.

—¿Recordará usted sus tiempos pasados?

—¡Cómo no he de recordarlos, si entonces se vivía! La política era sana. Aquel Blasco Ibáñez. Aquel Pablo Iglesias. ¡Qué hombres! Aquellos si vivieran tendríamos la verdadera revolución realizada. Y mandaríamos nosotros, solo nosotros. Porque la República debe ser, ante todo y sobre todo, para los republicanos y para los blasquistas.

Pretendo variar la conversación. Pero el “tío Michaorella”, hablando de política, es inagotable.

—”Tío Michaorella”, yo quisiera fotografiarlo.

—A mí no me gaste bromas. Nunca en mi vida me he retratado y violaría mi costumbre.

No hay forma de convencerle. Resignado, le hago la última pregunta:

—¿Recordará usted muchas aventuras de sus sesenta años de *Cañas y barro*?

—Son infinitas, pero de entre todas las que se pueden contar, recuerdo la de una inglesa que llegaba de madrugada a mi barcaza para cruzar la Albufera, bañada toda en luna y haciéndome cantar *albaes*, hasta que una noche, junto a un ribazo, volcó el *ravachol*, y la pobre inglesa romántica salió a flote con la cabeza llena de anguilas.

Esto es, lector, todo lo que nos ha contado uno de los personajes de Blasco Ibáñez, que todavía vive en el Saler, conversación que no había publicado hasta que

llegara el momento oportuno... Y helo aquí al cumplirse el sexto aniversario de la muerte del gran novelista. Y al que le sepa mal, que grite.